

EL PORVENIR DEL OBRERO

Justicia!

En el Boletín de la *Union pour l' action morale* leí el relato de una visita á un enfermo, tejedor de Armentières. Era un hombre de cuarenta y cinco años; había participado en las últimas huelgas y acababa de matarle la tuberculosis: «Ya no estaba allí el espíritu, y el cuerpo no quería morir. La mujer estaba sin palabra, sin una lágrima, completamente *assotie* (entontecida), según la expresión corriente del país. No sé si tan lastimosos espectáculos encierran alguna lección; pero yo salí de aquel lugar dolorosamente impresionado de un tal fin en un tan lamentable estado de miseria, y sino desalentado, al menos profundamente triste por nuestra radical impotencia de consuelo ante ciertas muertes».

Cuanta emoción en estas pocas líneas y cuanta sinceridad en esta confesión! Es el grito de un hombre que ve un abismo allí donde sólo sospechaba una zanja, y nada iguala esa angustia. Allí está el drama de una conciencia á la cual se descubre de repente la verdad social con su horror de pesadilla y que, entre la fé antigua, la fé imposible desde entonces, y lo desconocido de una fé nueva, busca á tientas su camino.

Ese camino yo quisiera indicárselo á M. P. Cahour, ayudarle á resolver la cuestión que plantea tan apasionado: Ante la atrocidad de las miserias cuya vaga sombra se levanta y nos mancha de lodo ¿qué hacer? ¿Cuál será el deber dictado por la humanidad?

Vos pensábais, señor Cahour, que el deber estaba en la caridad; habíais llamado en ayuda á la caridad. Era el día siguiente á las grandes huelgas de Armentières: á pesar de su triunfo parcial, la condición de los trabajadores continuaba «bien sombría, verdaderamente espantosa». Habíais solicitado de los miembros de la *Union pour l' action morale* donativos y préstamos sobre la garantía de la honradez, previa información. á los más necesitados, y obtuvisteis tres ó cuatro cientos francos, cuya repartición debía efectuarse por vuestra mano.

Entonces, se ve bien claro lo que sucedió... Partísteis lleno el corazón de contento, porque érais verdaderamente el «servidor de los pobres» conforme el corazón de Cristo—del Cristo anterior á las iglesias. Llamásteis á las puertas lejanas y era la Miseria misma la que os abría: era una mujer sin edad, hasta sin sexo y sin belleza, abatida, cadavérica, y conduciendo entre las faldas una turba de chiquillos faltos de salud. Las habitaciones «sin aire, sin luz, sin mobiliario», eran como terribles calabozos. Vos pronunciásteis vagamente algunas palabras—valor! esperanza!—dejásteis una moneda de oro y salísteis como quien se salva, extenuado de horror.

Y se repetía lo mismo siempre... siempre! Así es como habéis conocido lo que son realmente los antros del dolor—y, no lo neguéis, porque vuestro grito lo atestigua, habéis dudado de la Caridad.

Aunque sin pensarlo, aquel día dísteis el primer paso hacia la justicia.

Caridad ó Justicia! Dos principios en lucha, dos principios, ó mejor dos mundos entre los que es preciso escoger. Ha pasado el tiempo de la caridad dominadora única, el miserable tiempo en que no había justi-

cia sino en ella solamente. Vedla como flaquea bajo el peso de las iniquidades acumuladas; ved á la justicia que, después de libertada, ha tomado consciencia de sí misma, de su personalidad distinta y libre, y el hombre, gracias á ella, puede esperar otra vez. Lo que la caridad niega, la justicia lo afirma: la posibilidad de una vida verdaderamente humana en una sociedad de iguales.

Es posible que la caridad haya realizado en otro tiempo un esbozo, muy incierto aun, de la futura justicia. Sí, en el tiempo en que el joven cristianismo renovó la consciencia del mundo antes de dominarlo á su vez, es posible que, echando un puente sobre el abismo de las desigualdades irritantes, la idea de la caridad fuese la iniciadora del aproximamiento entre los hombres. Y como ella templaba un poco la terrible ley del vencedor, quizá bastaba entonces á la dignidad mal despierta del vencido.

Pero el vicio irremediable de la caridad cristiana, y también de las hermanas laicas que le dió la burguesía sensible del siglo de Rousseau,—la beneficencia y la filantropía,—consiste en que implica un acto de fé en la necesidad y en la eternidad de la miseria, ó más bien de la organización social que la engendra y la sostiene con el auxilio de los procedimientos conocidos.—Siempre habrá pobres entre vosotros, dijo el Cristo, y de esta falsa profecía salió el «servicio de los pobres». ¿Qué vemos actualmente?

La rebeldía ruje contra la sociedad injusta, y la palabra del Cristo, ese dogma de la miseria eterna y fatal, sólo es, á los ojos del hombre nuevo, una mentira asesina. Los débiles, los vencidos de otras veces, hechos más fuertes y mejores, dicen al fin muy alto que la propiedad es un robo, la autoridad una usurpación, y que están hartos de verse aplastados por ellas. Cuando el desgraciado ya no cree en el derecho del rico, cuando su espíritu se ha levantado hasta el concepto de la igualdad humana, no puede ver en la limosna sino ultraje é irrisión. ¿Qué efecto le producirán en adelante las protestas de amor y de piedad del rico? No tiene necesidad de ser amado; sólo tiene necesidad de justicia.

Si al menos la caridad hubiese alcanzado el objeto que tenía señalado! Si al menos hubiese venido á secar el río de lágrimas y de sangre cuya negra oleada rueda á través del mundo innumerables cadáveres! Pero no. No hay que hacer más la prueba de una esterilidad demostrada por diez y ocho siglos de cristianismo y que nunca estuvo más de maniifiesto que en la actualidad. Si la limosna es «hermana de la oración» como decía Victor Hugo con majestuosa tontería, lo es por la impotencia y la continuidad estúpida. ¿Ha sacado nunca del abismo á algún desgraciado que no haya recaído en él casi enseguida? ¿Y qué es, después de todo, un desgraciado más ó menos? Lo que importa es que no haya más desgraciados en absoluto y que el abismo en que la civilización de hierro les precipita diariamente por centenares, sea colmado en fin.

«Pero qué hacer? diréis. ¿Qué hacer? La limosna, es muy cierto, no eleva al pobre y si alguna vez la miseria debe ser vencida está fuera de duda que esto no será por medio de ella. No queremos subordinar la justicia á la impotente caridad, como los teó-

ricos reaccionarios; pero quisiéramos dar su parte á cada uno. No depende de nosotros que la justicia sea, pero depende de nosotros corregir por la caridad la iniquidad presente. La caridad es al menos pan para un día. Seamos caritativos mientras llega la hora de ser justicieros.»

Mientras llega la hora? No comprendéis que la obra de justicia y de revolución se impone, no mañana, no más tarde, sino enseguida? No digáis que todavía no ha sonado la hora; la hora sonará cuando queramos. La justicia sólo espera á los justicieros.

¿Que hay necesidad de vuestras limosnas, de vuestros consuelos? Lejos de corregir la iniquidad propietaria, la caridad la fortifica, porque la acepta implícitamente. Lejos de ser una solución de espera, descarta por su función misma toda esperanza de solución. Lejos de ser el camino que conduce por fin á la justicia, es la muralla que lo cierra y estrecha el horizonte humano.

No seamos caritativos; seamos justicieros y seámoslo enseguida. La obra de justicia no es socorrer á los pobres, consolar á los afligidos; es levantarles en actitudes de hombres, eerrado el puño contra la iniquidad. ¿No oís el rumor de las espaldas que se enderezan por millares? Ayer en Armentières, Brest, Marseille, Limoges; hoy en Longwy. En todas partes la lucha contra el Estado, gerdarme del mal, adquiere formas agudas. Movimiento obrero, socialismos, anarquía, concurren diferentemente á la revolución de justicia. Nunca se realizó un más formidable trabajo en el fondo de la consciencia de un pueblo. Bien pronto, mañana quizá, los hambrientos ya no tenderán la mano para mendigar, sino para tomar; la expropiación de los ricos es el término final de la obra de justicia.

Para esta obra inmensa, penosa y larga, os invito, á vos, desengañado de la caridad. No se trata ya esta vez de consolar á los desgraciados, de curar las heridas que siempre renacen; se trata de fundar una nueva humanidad gozosa y libre é igualitaria sobre las ruinas acumuladas de la antigua. Todo hombre de corazón á quien el mal repugna y á quien hace sufrir el sufrimiento tiene el deber de estar á nuestro lado en la batalla.

AMADÉE DUNOIS

(De *Les Temps Nouveaux*.)

El capital, bajo todas sus formas, es trabajo ahorrado, economizado, transformado... Sí, pero trabajo ajeno. Los que edifican el palacio no son los que luego lo habitan; los que tejen, cortan y cosen los vestidos de baile no son los que los llevan; los productos de la mina no enriquecen á los mineros; los dividendos de las compañías de ferrocarriles no van á mano de los que construyen la vía, dirigen la máquina, guardan las agujas ó cargan los fardos. Las argucias más especiosas, los sutiles argumentos no prevalecen contra la brutalidad de los hechos. Con sólo abrir los ojos los trabajadores pueden ver albañiles sin albergue, sastres sin ropa, labradores sin pan; que la clase pobre lo produce todo y nada posee, mientras que la clase rica derrocha, acapara, se sacia y nada produce.

SEBASTIÁN FAURE

Para todos

Un acontecimiento producto del desequilibrio social, como todos los días ocurre, pero diferente en forma, ha sido lo suficiente para que esa prensa estúpida y envenenadora, portavoz de la explotación y tiranía, lance su grito de alarma y lloriqueo canchero armando el brazo, *para bien de esa masa* que explota y esclaviza para que guarde y conserve sus privilegios y los defienda y aumente.

Por todas partes el hálito de la muerte se deja sentir y oír con su cadencia tétrica; el hambre causa estragos y diezma á la multitud ignorante y á los sabios honrados, la avaricia patronal siega en la flor de la vida infinidad de seres humanos, roba la alegría y la salud á quien no pidió nacer y mata á quien quiere vivir. Y esto es diario, esto es continuo. Por millares y millones podrían contarse las víctimas. Esa prensa que tanto llora, por el bien de quien extrae los jugos de vida para los privilegiados pide el exterminio de hombres que no conoce y no hace mucho se descubrió ante la muerte de uno de los que hoy pide el exterminio.

Mueren aplastados en las galerías de las minas un sinnúmero de seres humanos destrozados por el ferrocarril y veloces automóviles otra parte de la humana familia; los tranvías eléctricos revientan centenares de infelices criaturas; el mundo está convertido, gracias al privilegio, en campo de explotación y escuela de asesinato; pero esa prensa que anatematizó Esquirol y pidió este sabio doctor su desaparición si no modificaba sus excesos y suprimía esas secciones de crímenes y brutalidades, sigue emporcando la atmósfera intelectual en que vivimos; su única misión es gobernar, explotar y tiranizar á sus iguales y que los privilegiados llaman mal nacidos.

Los desgraciados muertos en campaña en distintas guerras formarían un cuerpo del tamaño de la Luna. Los miles de locos devueltos á Rusia y los millones de hombres muertos en las batallas y tragados por el mar en batallas navales no merecen la atención de los privilegiados, puesto que necesitan sus vidas para sacrificarlas á la excelsa y augusta de ellos.

La negra levita y la estúpida y correcta indumentaria de *asesino* señor, las huestes de negras sotanas é inquisidores, el mamaracho arrastrable y toda la cohorte que completa y produce el desequilibrio social se lamenta de que estalle una bomba, que la misma policía fabrica y coloca para cazar anarquistas, en la Rambla de Barcelona, hiera unos cuantos y mate tres ó cuatro. Aun admitiendo que sea un desequilibrado, un hombre que no puede achacarse idea alguna, tratando imparcialmente el hecho no le damos más importancia que la que tiene una sociedad mal organizada donde por consecuencia funcionan inarmónicamente sus heterogéneos elementos constitutivos.

Ni pedimos cabezas, ni lloramos; nos indignamos como cuando cae un obrero de un andamio, se derrumba un edificio, sepultan los depósitos del Lozoya cientos de obreros y siembran el mundo de cadáveres la explotación y las tiranías; pero esta edición corregida y aumentada de la calle de los Cambios, Fernando y los sinnúmero de petardos de Memento y Tressols harán avergonzar á España ante el mundo civilizado.

Que el desequilibrio en un ser predispuerto al crimen cometa un exceso, sea de la índole que quiera, está comprendido; pero que un policía quiera alcanzar honores y una burguesía infame cazar hombres por el sólo delito de pensar y estudiar y obrar por una sociedad más equitativa que la actual, y que para esto se valgan de atentados como los de la calle de Cambios, Fernando y Rambla, sin contar las bombas y petardos que han hecho estallar en la ciudad Con-

dal, no lo comprendo, no veo manera de justificarlo ni excusarlo.

Ya tenemos á la canalla infamante pidiendo justicia: *El Noticiero*, diario carca burgués de Valencia, en un día de broma que pierde sus estribos dice: «Cumplamos con nuestro deber aplastando la repugnante y asquerosa cabeza de la hidra anarquista». ¿Conocerá la lengua este antropoide con cuello de pajarilla? ¿no sabe que va por la línea divergente para matar la hidra, puesto que su cabeza es el mismo director, el periódico y los que le sostienen?»

Y sigue el indigno esperpento derramando bilis que nos favorece n exceso: «cumplamos con nuestro deber todos los ciudadanos convertidos, merced á misión tan noble, en santos policías». Ninguna equivalencia más exacta puede dar un matemático que esa de «convertidos en santos policías», los santos y los policías son hermanos en feroces hazañas, y si no que lo diga la historia.

«Una mano criminal movida por horrorosa y cobarde teoría». Tiene razón *El Noticiero*, horrorosa y cobarde teoría es, pues que se persigue alcanzar honores gente de hazañas como Memento, Tressols y cuya teoría es la ambición, la misma que la de todos los honrados burgueses que matan, y degüellan al prójimo.

Y entre otras representaciones dignas, figurará en la comitiva del duelo en el entierro de las víctimas la del ejército. Si serán atrevidos estos periodistas; las víctimas de la policía barcelonesa serán conducidas por asesinos con patente y se harán honores de bandidaje.

Dice *Las Provincias*: «Hay necesidad de una represión dura y sin tregua hasta exterminar sin compasión á esas fieras salvajes.»

«Si fuera sincera esa explosión de protesta que estalla cada vez que un atentado anarquista se repite, es indudable que, á la hora presente, de esa odiosa secta no quedaría más que una sombra que se iría esfumando en la historia.»

Hay hombres que visten pantalones y corbata á la europea, fuman y toman aperitivos antes de la comida, copitas de licor para ayudar la digestión, tienen la urbanidad en los sesos, su iniciativa está abocada en el cesto común de la vulgaridad, escriben métricamente y beben agua soltando discursos é idiotamente recitan nombres y conceptos y dan lecciones mentóricas á todo el mundo que por ellos se deja explotar y estos esperpentos se dicen portavoz de la opinión, periodistas y directores de periódicos, pero están más próximos del chimpancé que de la civilización.

Empezad la cacería, imbéciles, que los anarquistas no ocultan su nombre.

MIGUEL MARTÍNEZ

La moral y la propiedad

La conocida escritora norteamericana Ella Wheeler, nos relata desde *The New York Evening Journal*, un caso acerca del concepto de la moral y la propiedad que formuló un juez de Indiniápolis, sacando de ello otra moral para patentizar su ilógico reformismo.

Veamos el caso:

Cierto individuo poseía un hermoso caballo al cual maltrataba cruelmente, presenciándolo con marcado disgusto los vecinos lo que dió lugar á que el juez recibiera una denuncia acerca de aquellos salvajes hechos, y ordenara la expropiación judicial del torturado animal.

El dueño del caballo entabló recurso para recuperarlo, alegando el derecho de propiedad que sobre dicha bestia ejercía, negándose el juez y haciendo las siguientes declaraciones:

«El Estado respeta y defiende la propiedad privada de todos los ciudadanos, pero esta queda anulada cuando se trata de cuerpos vivos en que sus poseedores inflijen

malos tratos, lastimándose los sentimientos humanos del pueblo.»

A lo que Wheeler, tomando al pie de la letra este principio jurídico, aconseja al público que denuncie á los padres y esposos que martirizan bárbaramente á sus respectivos hijos y esposas, por creerse propietarios de sus víctimas.

Bonito recurso ha escogido la citada escritora para combatir el despotismo del hogar; pero aceptando que las leyes pudieran interpretar y generalizar el citado criterio, anulando el derecho de padre y esposo para evitar los malos tratos de estos, ello no significaría una solución práctica para el perfeccionamiento de los sentimientos humanos, ni evitaría la existencia de seres depravados y miserables, sino que patentizaría claramente la ineficacia de las leyes y de la moral actual, al recurrir el Estado á un acto de fuerza para evitar un mal, destruyéndose todo el inservible bagaje pedagógico burgués con que pretenden educar al pueblo, y ridiculizándose las absurdas morales religiosas que los sostenedores de la sociedad privilegiada defienden como una necesidad para contener el desarrollo de las humanas pasiones.

Y Wheeler se detiene aquí, como si solucionado lo anteriormente dicho la humanidad pudiera ya navegar libremente en el mar de la dicha y los pobladores de la tierra se vieran *limpios de todo mal*. Pero existen más verdugos todavía, las víctimas son incalculables, los males más agudos, y sin embargo, ni el Estado, ni millones de jueces como el de Indiniápolis, ni los escritores á sueldo como Wheeler son capaces de dar una solución ni tan sólo intentar combatirlo.

En esta sociedad actual las grandes cosas y hechos son eclipses invisibles para muchos, la ceguera se la apropian por determinados asuntos, y así nos encontramos en un país modernizado á fuerza de millones, arrancados de las entrañas de la tierra y de los molidos huesos de los trabajadores, que á un juez le vienen ganas de hacer justicia, y se mete en esos laberintos de la propiedad, el Estado y la moral del pueblo, y todo el mundo lo aplaude porque ha arrancado un infeliz caballo de las garras del verdugo.

Pero preguntad á ese todo el mundo porque no se arrancan de las garras burguesas á tantos martirizados, por qué no se anulan esas propiedades respetadas y defendidas por el Estado que tantos sufrimientos producen á los desheredados, ocasionándoles hambre, frío y desesperación, cosa análoga combatida por el juez antes citado y que según él lastima los sentimientos humanos del pueblo, y por toda respuesta os dirá que no ve que todo son tinieblas. Inútil que busquéis un juez para defender al hombre esclavo.

En todo caso, cuando se anule la propiedad no será el Estado quien realice tan hermosa obra, será el sentimiento del pueblo verdaderamente lastimado que se erijirá en juez y que sin contar con las leyes, pero abastecido de una moral humana, realizará lo que á los miopes de hoy no les tiene en cuenta ver.

De todos modos no hay que olvidar lo de este yanqui juez, pues si bien su principio justiciero sólo abarca un pobre rocinante, llegará día que el proletariado, tomando por su cuenta sus palabras, destruirá todo germen privilegiado que con su bárbara explotación le martiriza tanto como á un caballo.

J. VIDAL

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 2 El Patrimonio Universal—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 La Anarquía—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

Odios

He sentido impresiones muy tristes en mi vida. Ninguna, y no vacilo en afirmarlo, me ha conolido más que la salida de una fábrica. De niño, cuando apenas podía darme conocimiento de causa, la impresión era compasiva, era el poema de la lástima que describían en el libro de mi cerebro, al verlos como bocanadas de alientos vitales emanadas de un horno sepulcral. Hoy es algo más que compasión, es odio; ¡qué infame soy! ¡Odiar al obrero, al trabajador, al pobre! Y sin embargo los odio; ¿por qué he de negar un sentimiento mío? ¿por qué he de fingir lo que á gritos vocifera mi corazón? Pero les odio relativamente, no como odio á todo aquello que significa dominio brutal y absolutismo aberrativo, como odio las instituciones actuales, como odio la actual sociedad; porque á pesar de abominarles, de odiarlos, los quiero con toda mi alma; ¡contraste incoercible que tal vez degeneren en vesania! Oh, sí, vesánico me llamarán muchos, estúpido algunos, insensato otros; conozco, aun en mis pocos años, demasiado el desequilibrio humano, para dudar de sus insultos á todo aquel que trate de alterar su extasiática quietud; pero no soy vesánico, no soy estúpido, no soy insensato; soy un consecuente, uno más que añadir á esa interminable lista de buscadores de libertad, de propagadores de libertad. No tengo ansias de fama, tengo anhelos de revolución, revolución que germine del fondo social rebelándose sobre todo el brutalismo inepto y sañudo; revolución de abajo, sin dictaduras, sin códigos, sin leyes de predominio, pero con conciencia; revolución intelectual; todo lo que pueda sustantivarse en revolución. No busco igualdades de gota á gota de agua, busco armonías de hombre á hombre; no busco sangre vertida, busco infusiones de sangre nueva que ahuyente la pútrida y gangrenosa; no busco muertes, busco vidas... Y por esto me causaba compasión y me causa odio ver la salida de una fábrica, de un taller, de un centro explotativo cuyas básculas se han desgastado de tanto pesar injusticias.

Ved cual era mi compasión. Viviría en la Corte, con el lujo de mi casa, entre comodidades, entre caricias, entre cuidados. Moría la tarde; el sol hacía temblar sus últimos rayos reverberando la pulidez de los tejados sus pálidos grises resplandores en efluvios de luz que agoniza, velados por sombras temblonas, rasgaban el espacio; el aire vespertino, la brisa del Guadarrama, jugaba en los troncos añosos de la arboleda; el ruido de los tranvías, las bocinas de los carruajes, anunciaban el paso del progreso. En el mullido almohadón de una carretela se estrujaban las sedas de la marquesa con la levita del marqués y todos pasaban veloces, manchados, como películas de un cinematógrafo... Después la fábrica abría sus puertas, el humo neblinaba la brisa, la espesaba con su densidad y por el boquete manaban hombres y más hombres de caras sucias tiznadas de carbón, de manos ásperas y encallecidas, de trajes rotos y ennegrecidos, sudorosos, jadeantes, bestias que en anhelos de aire puro abrían sus narices al salir de la oscuridad tenebrosa, y los veía cabizbajos y mohinos, rendido el cuerpo de trabajar, rendido el espíritu de sufrir y oía sus imprecaciones y sus lamentos y sus quejas, y tras la barandilla de mis balcones que bordeaba la marquesina cristalera decía:—¡Pobrecitos! ¿por qué no tendrán coches y caballos? ¿por qué no se lavarán la cara? ¿qué harán ahí dentro todo el día?... y en mi pecho de niño, mi corazón más niño que mi cuerpo palpitaba con unos latidos de compasión, de lástima...

Hoy no. Ved el por qué de mi odio. Vivo en la ciudad. Tras la reja de mi celda, espesa de hierros, dilato las pupilas hasta donde alcanzan. ¡No puedo más! Siento cerca de ella el ruido de los volantes de las máquinas; veo á un hombre que desciende por

la calle substituyendo á una bestia, que lleva el cargamento al vapor; oigo martilleo de yunques, resquebrajamientos de madera, voces que emanan del mercado; el aire viene hasta mí cargado de vida, con neblinosa densidad, con alientos de temblonas vocillas de los chicos que juegan en la plaza; y al morir también la tarde, la hora sublime y misteriosa, hora de soñadores y poetas, hora de melancolía siniestra, también veo á los obreros, los mansos, los humildes, los pobres, como, tras el trabajo brutal, caminan silenciosos, tropezando en las aceras con el burgués que pasea, con el comerciante que explota, con la señora que se exhibe y el caballero que la exhibe más aun y les veo cederles la acera y hollar con sus pies sudorosos los adoquines que él mismo colocara, haciéndoles paso, porque sí, porque son más, porque son amos, y siento un soplo sutil y penetrante que me azota el rostro y abro los labios y entonces dejo salir palabras de odio. Le dan su vida, su cuerpo, sus brazos y aun, después que les explotan, que les estrujan, les ceden la acera, les miran, les admiran. ¡Ah! y no son ellos, no, son sus hijos, sus esposas, sus hogares los que les obligan y al cederles la acera parecen decirles:—Tómala para que no me quites el pan,—y al mirarlos sus ojos les piden pan y al admirarlos sus labios les hablan pan, y el odio de ese servilismo se convierte en cariño y al odiarlos los quiero y al compadecerlos los adoro.

Sí, yo quiero al obrero, al trabajador, al pobre; pero lo quiero libre, sin yugos, sin trabas; lo quiero cuando sale de la fábrica y desprecia al amo; en la calle todos son iguales y la acera me pertenece y no te la cedo y no te miro porque manchó mis ojos con clavar tu retina en los míos.

¡Bestias explotadoras! Como se enseñorean de su poder, como dominan; pero que os conste, no domináis al hombre, al obrero, al trabajador, domináis al pan, ese pan tan negro que se rablandece á fuerza de lágrimas; domináis su ignorancia, porque todavía no ha aprendido que puede pasarse sin vosotros... ¡Tiranos! y aun queréis que calle. Sí, llamadme vesánico, loco, estúpido; no lo soy; soy consecuente, libertador, desengañado, no me dejo explotar, no me quiero humillar, no os dejo la acera, no os miro, no os admiro, porque sois menos que yo; ¿lo oís? porque os desprecio, os vilipendio, os escupo, aunque no sienta más ruido que el de un cerrojo, ni vea más cielo que el que me dejan ver los espesos barrotes de mi reja...

Por eso me inspiran compasión los obreros, por eso me dan accesos de odio, y sin embargo los quiero con toda mi alma, porque son como yo, son de los míos, de los que sufren, de los que penan, de los que reblandecen el pan con lágrimas...

PEPE VERDADES

Los efectos de la guerra

Un combate

Miradlos allí en el campo, oid el sordo rugir de los cañones, las cargas de la caballería, el correr de la infantería, todo en continuo movimiento, en continua agitación; el oleaje de carne humana vaga entre grandes y espesas columnas de humo; están fatigados, allí caen algunos soldados rendidos de cansancio, se generaliza, el cornetín toca «ataque», un esfuerzo más y habremos vencido, pero un momento y moriremos de fatiga, el humo se hace más y más denso, ya no se distingue á donde se dirigen las descargas, de pronto un ligero estremecimiento de la tierra da á entender que la artillería se traslada de un punto á otro, el combate está en su mayor apogeo.

¡Ataque! ¡Ataque! Este grito repercute en todos los oídos de los soldados del ejército que al parecer vence.

Dos horas más tarde, vemos el aspecto triste de aquel campo, las columnas de humo se han elevado y confundidas en el espacio, dejan ver claramente el horrible desastre.

Nos acercamos más, ya no se siente el ruido de las descargas, los soldados están caídos, unos de costado, otros mirando al cielo, los más, completamente destrozados, presentando un aspecto de una catástrofe. Ya llegamos á donde antes estaba cubierto de hombres jóvenes y fuertes, llegamos y vemos la tierra completamente revuelta, bañada con sangre, pequeños pocitos llenos de sangre nos demuestran las huellas de los caballos.

Dirigimos una mirada más al interior y notamos unas angostas canaletas atestadas de sangre—cuyas márgenes desbordaban—que al parecer estaban hechas á propósito para enviar el desagüe á algún río, que próximo de allí pasara, pero no resultó ser eso; inmediatamente puestos en el campo de la investigación sondamos los pequeños arroyos de sangre y nos dimos cuenta de que eran las huellas de las enormes máquinas destructoras—los cañones.

Después de esta repugnante observación, quisimos var más aun y marchamos más al centro de aquel suelo que momentos antes había sufrido sobre sí la indescriptible barbaridad. Avanzamos, pero de pronto nos detuvimos presa de una impresión dolorosa.

¿Qué es eso que se siente? ¿Qué voces son esas?

Parecen clamores, gritos de dolor y de espanto, pero inspirados por el mismo ambiente de ferocidad, nos decidimos y nuevamente seguimos la investigación en la cual nos habíamos empeñado; no tardó mucho tiempo que nos detuviéramos de nuevo al encontrarnos frente á una colina de donde partían gritos desgarradores.

Abrimos desmesuradamente los ojos al ver el inmenso montón de hombres que yacían allí, vimos soldados de los dos ejércitos los unos al lado de los otros, vimos una gran cantidad de cañones y fusiles amontonados, hombres que se revolcaban en su propia sangre, lanzando gritos aterradores de dolor y de espanto, entonces miramos hacia atrás por el camino andado con el objeto de desandararlo de nuevo y vimos á los pocos pasos de allí, un hombre con insignias de padre de la iglesia; allá corrimos presurosos con el afán que corre un desamparado á buscar el amparo del imaginado protector, ¡y no fué pequeña nuestra sorpresa al reconocer que el representante de Dios también había perecido en el combate! Muerto y envuelto en su tenebroso vestuario, parecía querernos decir que él era el culpable de todo aquel desastre. Y sin poder articular ni una palabra de condolencia para esas víctimas de la ignorancia, de la sociedad gubernista, huímos, huímos desfavoridos y sin rumbo prefijado, trepando colinas de carne humana que si hubieran sido vistas desde lejos se habría dicho que era un mar de borrasca.

Alejados de allí, nos detuvimos y parecíanos oír el eco del lamento de esos desgraciados vibrar en el espacio, cual las sonoras vibraciones de una campana.

OCTAVIO MIRBEAU

El Hombre y la Tierra

Importante obra de Eliseo Reclus que comenzará á publicarse dentro de breves días.

Semanalmente y sin interrupción se publicará un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta, conteniendo 24 páginas de texto, ó bien 20 páginas y una magnífica lámina ó mapa en colores.

Los que deseen suscribirse en esta isla pueden pasar aviso á nuestra Administración, sirviéndoseles los cuadernos á domicilio á los suscriptores de esta ciudad.

LA BOMBA DE BARCELONA

Al empezar estas líneas quisiéramos disponer de todo el periódico para trasladar á él todo lo más importante que estos días ha visto la luz en la prensa de Barcelona y Madrid acerca de las bombas de la calle de Fernando y Rambla porque ello constituye una prueba clara, evidente, de que los anarquistas no tienen nada que ver con la serie de atentados cometidos en el espacio de dos años en Barcelona. La convicción ya la tenían todas las personas imparciales; pero hacía falta algo que fuera prueba completa, que no dejara lugar á dudas; y esta prueba se tiene ya. Podrán no encontrarse los autores, podrá quedar envuelto en el misterio judicial el autor de la bomba, pero ya no se podrá dudar de lo que decimos; existirá la certeza de que los anarquistas no son los autores de los atentados antes dichos, como existe la certeza de que los cinco fusilados en los fosos de Montjuich como autores del atentado de la calle de Cambios Nuevos eran inocentes. Y esto es lo más importante para nosotros.

En la imposibilidad, como decimos, de extendernos como quisiéramos, procuraremos condensar lo más importante.

A raíz del atentado de la calle de Fernando fué detenido un mendigo por existir sospechas de si sería él el autor. A los pocos días fué puesto en libertad y el entonces gobernador de Barcelona señor Gonzalez Rothwos (según dice *El Liberal* de Barcelona), por influencias de alguien le proporcionó un billete de caridad para Madrid.

Luego interesó nuevamente su detención el juez instructor del proceso y ya no pudo encontrársele y nada se había sabido de él hasta ahora que ha aparecido en Madrid y se ha presentado á la redacción de nuestro colega *Tierra y Libertad* entregando copia de un documento que ha dirigido al Presidente del Tribunal Supremo, ampliando luego lo declarado en dicho documento ante testigos, de cuya ampliación son los siguientes párrafos:

«Que en el mes de Noviembre del año mil novecientos cuatro, en un palacio de Barcelona, una persona empleada allí le pidió llevara un cesto á la calle Fernando, ó buscara un hombre que desempeñara esa comisión.

»El declarante, Angel López Margarida, encontró al italiano Giro Régulo y le propuso fuera por el cesto y ganaría el jornal consiguiente, para lo cual marchó Régulo y volvió entregando después el cesto á Llupiá; mas Giro Régulo picado por la curiosidad de saber el lugar que Llupiá lo llevara, é ignorando su cometido lo mismo que Margarida también lo ignoraba, se quitó la blusa y la entregó á Margarida para poder seguir á Llupiá sin que éste por la ropa conociera lo seguía quien el cesto le entregó.

»Margarida se retiró del lado de Giro Régulo, y tomó con dirección á la Rambla, sintiendo al poco tiempo el estallido de una bomba.»

En el documento presentado ante el Tribunal Supremo dice que desde que salió de Barcelona ha sido constantemente vigilado por la policía; que en Madrid ésta obstaculizó el que pudiera encontrar colocación alguna, pues informaban en su contra á todo el mundo llegando su persecución á punto «de ordenar al agente Santiago se entere diariamente del momento, hora y minuto en que el exponente emprenda viaje; y sin duda quieren saberlo con intención de tenderle alguna celada infame fuera de Madrid.» Dice también que hace su declaración para salvar á los procesados que hay en Barcelona, «víctimas del maquiavélico plan proyectado por el príncipe de la Iglesia que al ex-picador *Memento* colocó en la policía con el fin de utilizarlo del modo que lo utilizó en muchos asuntos, y que lo utiliza ahora en el asunto de dicha bomba.»

Hay que añadir ahora que Angel López

Margarida no es anarquista y que confesaba y comulgaba.

Sus declaraciones han causado sensación en todas partes y la prensa de Barcelona va sacando deducciones que dejan ver donde se han fraguado todos los atentados últimos.

El mismo Tressols declaró ante un redactor de *El Liberal* de Barcelona, que él no creía fueran los anarquistas los autores y habiéndole preguntado qué es lo que haría si se encontrara con que en esos atentados habían intervenido determinados elementos, contestó:—«Me iría á mi casa; porque los poderosos me aplastarían.» Si bien al día siguiente rectificó negando la versión de *El Liberal*, pero éste sostiene lo dicho y como luego Tressols afirmara que si sabía quien era el autor del atentado aunque fuera su propio hijo lo entregaría á la Justicia, añadiendo que sabía era un anarquista el autor, *La Publicidad* en un saladísimo artículo titulado «Guzmán el Bueno,» acusa á Tressols de encubridor.

Ante todo esto, se ha enviado á Madrid un delegado especial de policía para prender á López Margarida y este ha vuelto diciendo que había desaparecido sin que se supiera nada de él. Pero nuestro colega *Tierra y Libertad* dice que «entre tanto que algo bueno se resuelve, es preciso que los compañeros de toda España fijen su atención en López Margarida y nos pongan al corriente de lo que le ocurra en los pueblos de su tránsito, pues hay que tener en cuenta que suele haber muchas muertes repentinas.» De modo que si no le ocurre novedad, es probable que pronto se vuelvan á tener noticias suyas.

En Barcelona la opinión indignada pide justicia y todo el mundo señala las guaridas donde cree que se han fraguado los atentados y hasta la prensa de Madrid dice que se acusa como autores á los jesuitas.

Las autoridades por su parte, así como otras veces, cuando se ha tratado de anarquistas, se han apresurado á hacer detenciones, ahora quieren quitar importancia á las declaraciones del mendigo y se ha relevado ó ha dimitido su cargo el juez señor Catalá que estaba encargado de la causa.

Acerca de esta dimisión dice *El Liberal* que obedece á que se intentó trazarle ciertas pautas y que él rechazó toda ingerencia, negándose en redondo á «cerrar los ojos á la razón» y á proceder á tontas y á locas contra los anarquistas por el sólo hecho de serlo.

Confirma lo anterior el que el juez que se ha nombrado para substituirle, Sr. Santandreu, se ha apresurado á incomunicar á los presos anarquistas Pujol, Rull y Miranda, por lo que pregunta el periódico últimamente citado si se trata de resucitar el criterio de los tiempos de Pozzi y Moreno García Navarro.

Es fácil que se intente despistar á la opinión haciendo que distraiga su atención de donde la tiene fija ahora, cosa que creemos difícil dado el punto á que ha llegado la cosa y á la intervención que en ello ha tomado la prensa. Nuestros compañeros deben procurar también ayudar al esclarecimiento del hecho, no sólo porque no se trate otra vez de enredar á inocentes, sino también para hacer imposibles para siempre los complots policiaco-jesuiticos. Este es nuestro criterio.

Por hoy nos hemos propuesto solamente explicar el asunto lo más escuetamente posible. Si no lo hemos hecho con la amplitud que desearíamos, cúlpele, como decimos al principio a la falta de espacio, y á la forma en que tenemos que hacer el periódico, esperando el correo de la península que llega cuando sólo nos falta tirar la última plana.

Para terminar, por hoy, vayan las siguientes preguntas que dirige *La Publicidad* á *Guzmán el Bueno* (Tressols).

«¿Cómo se llama un joven elegante, moreno, de barba negra, recortada en punta, de mediana estatura, de fisonomía agrada-

ble, inteligentísima, de aspecto y maneras de extranjero, que durante unos días frecuentó el trato de la policía de Barcelona, no mucho antes del atentado de Alfonso XIII en París?

»¿Cómo se llama el agente de Aduanas que facturó en Port-Bou paquetes postales sospechosos en 19 de Marzo y alrededor de 20 de Abril?

»¿Quién le dió orden de facturarlos y por cual conducto?

»¿Por qué causas fué encarcelado un amigo y consocio de aquel agente?

»¿Mediante la influencia de cuál persona fué puesto inmediatamente en libertad el preso?

»¿Continua en Barcelona ese personaje?

»¿Sabe algo de esto el juez Sr. Catalá?

»¿En qué se funda Tressols para creer—si lo cree—que el autor de la última explosión es un anarquista?

»Y si no lo cree ¿á quién trata de despistar diciendo lo contrario de lo que cree?

»Ahora, y puesto que tantas cosas y tan hondas sabe, contéstenos á esta última pregunta;

»¿Cuándo va á estallar otra bomba?

»Tú lo sabes, Tressols, ó lo debes saber.»

Y más abajo añade el siguiente párrafo:

«Y si Tressols no dimite, si Morera no dimite, si los jefes de la policía no dimiten, si la policía entera no se reforma y se sana y se reorganiza... jamás se descubrirá á los autores de las bombas.»

Ha sido denunciado el último número de nuestro colega *Tierra y Libertad*, que trata extensamente de este asunto y publica el escrito presentado por Margarida ante el Tribunal Supremo. Los paquetes han sido secuestrados en concos, pero nosotros hemos recibido un número, enviado por medio del telégrafo sin hilos, y lo tenemos á disposición de nuestros amigos.

ECOS Y COMENTARIOS

Se procede con toda urgencia á la tramitación del proceso contra los compañeros acusados por las declaraciones arrancadas á Picoret por medio del engaño y de la fuerza.

El Fiscal califica el delito de fabricación de bombas que habían de ser cargadas con sustancias explosivas y solicita para los procesados la pena de seis años y un día de presidio mayor, accesorias y costas.

Los defensores sostienen que si bien el confidente del Gobierno civil Juan Tossas acusa á Picoret, Serra, Bernadas y Corominas de que por inducción de Miranda fabricaron y tuvieron bombas, no resulta comprobada semejante delación más que por declaraciones de Picoret, quien ya las ha desmentido, protestando de que le habían sido arrancadas por medio de coacciones y amenazas por el exjuez instructor Moreno y el polizonte Memento. Termina la defensa pidiendo la absolución de todos los procesados.

Entre los testigos llamados á declarar figuran el exgobernador civil Sr. González Rothwos, Tressols, Bárbara y Memento, policías; el director de la cárcel celular señor Ródenas; el director de *El Liberal*, don Darío Pérez y la querida de Tressols.

Se han nombrado peritos para determinar si Alfredo Picoret se halla en la perfecta integridad de sus facultades mentales ó volitivas.

El juicio ha de verse por jurados.

Varios compañeros de Linares han constituido un grupo con el nombre de «Afinidad» para propagar el ideal anarquista por todos los medios que estén á su alcance.

Su primer acto de propagar ha sido la publicación de una hoja antielectoral que ha producido gran efecto en aquella población.

También hemos recibido manifiestos antielectorales publicados en Linares, Santa Cruz de Tenerife y Zaragoza.